



## PARTE CUARTA

### I.

**A**QUEL lunes, los de Hennebeau tenían convidados á almorzar á los Gregoire y á su hija Cecilia. Proyectábase un día muy divertido: después de almorzar, Pablo Negrel acompañaría á las señoras á visitar una mina titulada *Santo Tomás*, que acababa de ser instalada con mucho lujo. Pero aquello era sólo un pretexto inventado por la señora de Hennebeau para precipitar los sucesos en el asunto de la boda de Pablo y de Cecilia.

Y precisamente aquel lunes, á las cuatro de la mañana, se había declarado la huelga. Cuando el 1.º de Diciembre la Compañía, cumpliendo lo que había dicho, empezó á poner en práctica su nuevo sistema de pagos, los mineros permanecie-

ron tranquilos. Al final de la quincena, cuando llegó el día de cobrar, ni uno solo de ellos formuló reclamación de ningún género. Todo el personal, desde el director hasta el último vigilante, creían de buena fe que la tarifa estaba aceptada; y, por lo tanto, fué mayor la sorpresa aquella mañana al presenciar la declaración de guerra; porque aquello era la señal de que los huelguistas se hallaban bien organizados y dirigidos.

A las cinco, Dansaert, en persona, fué á despertar al señor Hennebeau para decirle que ni siquiera un hombre había querido bajar á la mina *Voreux*. En el barrio de los *Doscientos Cuarenta*, por donde acababa de pasar, todos dormían tranquilamente, con las puertas y las ventanas cerradas.

Y una vez levantado el director, empezaron á llegar las mismas noticias de todas partes: cada cuarto de hora llegaban mensajeros llevándole partes y noticias escritas. Al principio tuvo la esperanza de que el levantamiento se redujera á *La Voreux*; pero los informes iban siendo cada vez más graves: en *Creve-cœur* y en *Miron* nadie había querido trabajar; en *La Magdalena* sólo se habían presentado los mozos de cuadra y los carreteros; en *La Victoria* y *Feutry-Cantel*, que eran las dos minas más disciplinadas, sólo una tercera parte de los obreros se prestaba á trabajar, y únicamente en *Santo Tomás* se habían presentado todas las brigadas, como si los de aquella mina se hallaran fuera del movimiento general. Hasta las nueve

estuvo dictando despachos telegráficos á todas partes, al Gobernador de Lilla y á los Consejeros de Administración de la Compañía, dando noticia de la huelga á las autoridades, y pidiendo órdenes á sus jefes. Luego mandó á Negrel que recorriera todas las minas, para tener conocimiento exacto de la cosa.

De pronto el señor Hennebeau pensó en el almuerzo; ya iba á enviar recado á los Gregoire, diciéndoles que se aplazaba el convite y el paseo, cuando se vió detenido por cierta vacilación, por cierta carencia de voluntad propia, él, que con unas cuantas frases cortas y enérgicas acababa de preparar militarmente un campo de batalla. Subió al cuarto-tocador de su mujer, á quien una doncella estaba acabando de peinar.

—¡Ah! ¿Conque se han declarado en huelga?— dijo tranquilamente la señora, después de oír el relato que su marido la hacía.—Y á nosotros, ¿qué nos importa?... Supongo que no iremos á suspender el almuerzo... ¿eh?

Y se empeñó en que no había de aplazarse nada, ni modificarse en lo más mínimo el programa para el día, por más que él le dijo que podía haber algún disgusto durante el almuerzo, y que era imposible ir á la mina *Santo Tomás*, como se había convenido; élla encontraba respuesta á todo: ¿á qué echar á perder un almuerzo que estaban haciendo ya? En cuanto al paseo á *Santo Tomás*, se podía suprimir, si realmente era una imprudencia ir hasta allí.

—Además—añadió cuando la doncella se hubo retirado,—ya sabes en qué estriba mi empeño por recibir á esa gente. El casamiento de tu sobrino debiera interesarte más que las tonterías de tus trabajadores... Y, en fin; lo quiero, y no es cosa de que me contraríes.

Él, ligeramente tembloroso, la miró, y su semblante enérgico y severo de hombre acostumbrado á mandar, expresó, durante unos cuantos segundos, el dolor de un corazón desgraciado. Estaba élla con los hombros al aire, en mangas de camisa, ya muy madura, pero incitante todavía. Por un momento debió sentir el marido brutales deseos de cogerla por la cintura, y hundir la cabeza entre los dos abultados pechos, que ella lucía en aquella habitación templada, olorosa y de un lujo íntimo de mujer sensual, donde se advertía marcado perfume de esencias de tocador; pero retrocedió, y se contentó. Hacía diez años que vivían en habitaciones separadas.

—Bueno—dijo al salir de la habitación.—No lo suspenderemos.

El señor de Hennebeau había nacido en un pueblo. Había tenido que pasar por los difíciles comienzos de un muchacho pobre, lanzado en medio de la vida de París. Después de haber seguido con grandes trabajos la carrera de ingeniero de minas, había sido destinado, á los veinticuatro años de edad, de ingeniero á una mina llamada *Santa Bárbara*, en la Grand-Combe. Tres años después as-

cendió á ingeniero de división, siendo destinado al Pas-de-Calais, á las minas de Marles: allí fué donde se casó con la hija de un ricacho de Arras. Durante quince años, el matrimonio vivió en aquella capital de provincia, sin que el menor acontecimiento, ni siquiera el nacimiento de un hijo, alterase la monotonía de su existencia. La señora de Hennebeau, acostumbrada á no tener que pensar en el dinero, empezó á sentir cierto misterioso desdén hacia aquel marido que estaba sujeto á un sueldo regular, ganado con gran trabajo, y que no le proporcionaba ninguna de las satisfacciones de vanidad que acariciara en sus sueños de colegiala. Él, que era un hombre de honradez acrisolada, no servía para especular, ni hacía más que cumplir con su deber militarmente, por decirlo así. De ahí había nacido el desacuerdo entre marido y mujer, agravado por una de esas equivocaciones de la carne que hielan á los temperamentos más ardientes; él adoraba á su mujer; élla era de una sensualidad jamás harta, y vivieron separados, mediando entre ambos cierto malestar y ciertas ofensas, á las que jamás aludían. Élla, desde entonces, tuvo un amante. Él lo ignoró.

Al cabo de algún tiempo, Hennebeau se decidió á dejar Pas-de-Calais y volver á París con un destino en el Ministerio de Obras Públicas, creyendo que su mujer se lo agradecería. Pero París debía determinar la separación completa; aquel París que élla deseaba desde que le compraron la prime-

mera muñeca, y en el cual perdió muy pronto el pelo de la dehesa, convertida de repente en una mujer elegantísima, y lanzada á todas las locuras de la época. Los diez años que vivió en la capital estuvieron ocupados para élla por una gran pasión, unos amores conocidos públicamente, con un hombre cuyo abandono estuvo á punto de matarla. Aquella vez el marido no había podido permanecer ignorante, y después de una porción de escenas abominables que no son para contadas, se resignó con su desgracia, dominado por la frescura inconsciente de aquella rara mujer, que cogía la felicidad donde la encontraba. Poco tiempo después de aquella ruptura, y viéndola enferma, Hennebeau aceptó la dirección de las minas de Montson, con la esperanza de que en aquel retiro conseguiría corregirla.

Los de Hennebeau vivían hacía tres años en Montson, y habían caído en el aburrimiento irritante de los primeros años de su matrimonio. Al principio élla pareció calmada en medio de tan gran tranquilidad, y se enterraba en su casa como mujer desengañada del mundo; afectaba tener el corazón muerto, y tanta despreocupación, que hasta le tenía sin cuidado engordar. Luego, bajo aquella aparente indiferencia, se declaró una fiebre terrible, una necesidad imperiosa de vivir y de gozar, y una exaltación que creyó satisfacer ocupándose en arreglar y amueblar lujosamente la casa-palacio de la dirección. Decía élla que estaba horrible,

y la llenó de tapices, de juguetes, de objetos de arte y de un lujo tan extraordinario, que dió que hablar hasta en Lilla. La vida en el desierto empezaba ya á exasperarla, y se sentía aburridísima en presencia de aquellas tristes campiñas, de aquellos caminos siempre sucios, sin un árbol que adornase el pueblo, habitado por la gentuza de las minas, que cada vez le era más antipática. Comenzaron las quejas del destierro; acusaba á sú marido de haberla sacrificado al sueldo de cuarenta mil francos que le daban, y que, después de todo, era una miseria que apenas bastaba para vivir. ¿No debía haber imitado á otros compañeros suyos, exigiendo una parte en la Sociedad minera, obteniendo acciones, consiguiendo algo, en una palabra? É insistía con la crueldad propia de la mujer que ha aportado al matrimonio una fortuna. Él, siempre correcto, parapetado tras la mentida frialdad de hombre de Administración, ocultaba el deseo ardientísimo que tenía de poseer á aquella mujer, uno de esos deseos lujuriosos, más grandes cuanto más tardíos, y que crecen con la edad. Jamás la había poseído como amante, y todo su sueño dorado era que se le entregase una vez, una sola vez, como se había entregado á otros. Todas las mañanas soñaba con conquistarla aquella noche; luego, cuando élla le miraba fríamente, cuando comprendía que la era repulsivo, cuidaba de no tocarla ni siquiera la mano. Era un sufrimiento sin curación posible, oculto bajo la severidad de su

actitud; el sufrimiento de un temperamento tierno en agonía continua y secreta por no haber encontrado la felicidad en el matrimonio. Al cabo de seis meses, cuando la casa, completamente arreglada, no sirvió de distracción á la señora de Hennebeau, ésta cayó de nuevo en la misma languidez, en el mismo aburrimiento de mujer á quien mata la soledad; y á todas horas decía que no le importaba morir.

Precisamente por entonces llegó á Montson Pablo Negrel. Su madre, viuda de un capitán de marina, que vivía en Avignon de una manera modestísima, había tenido que imponerse terribles sacrificios para darle carrera. Salió de la Escuela Politécnica con tan mal número, que su tío, el señor de Hennebeau, le aconsejó dejara la carrera, prometiéndole llevárselo de ingeniero á *La Voreux*.

Desde entonces se le trató en la casa como á un hijo; allí tuvo cuarto, allí comió, allí vivió, lo que le permitía enviar á su pobre madre la mitad de su sueldo de cuatro mil francos. Para no dar que hablar con tanto favor, el señor de Hennebeau exageraba lo difícil que hubiera sido á su sobrino poner casa en uno de aquellos hotelitos diminutos que la Compañía destinaba al ingeniero de cada mina, y además, decía que necesitaba la casa destinada al de *La Voreux*, porque vivía en ella uno de los ingenieros de la dirección, y no era cosa de echarle á la calle. La señora de Hennebeau se había adjudicado en seguida el papel de tía del joven, tutean-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. L. S."  
Año. 1625 MONTEPEN

do á su sobrino y procurándole el mayor bienestar posible. Los primeros meses, sobre todo, se las echó de señora mayor, para poder tener cuidados maternales con el joven, á quien daba todo género de buenos consejos á propósito de cualquier tontería. Pero, como á pesar de todo era mujer, resbalaba sin querer al terreno de las confidencias personales. Aquel muchacho joven y guapo, de una inteligencia poco escrupulosa, que tenía acerca de las mujeres teorías de filósofo, le divertía, gracias á la vivacidad de su pesimismo. Naturalmente una noche se encontró, sin saber cómo, entre sus brazos, y fingió entregarse á él por pura bondad, diciéndole al mismo tiempo que su corazón estaba muerto, que no quería sino ser una buena amiga suya. Y, en efecto: no tenía celos, le daba bromas con las muchachas de las minas, á las cuales encontraba insufribles, y casi le regañaba porque no tenía que contarle ninguna de esas aventuras tan propias de los muchachos jóvenes. Luego se apasionó de la idea de casarle, y soñó con sacrificarse buscándole una novia joven y rica. Y sus amores continuaron como un entretenimiento, en el cual ponía élla todo lo que le quedaba de ternura sensual.

Así transcurrieron dos años. Cierta noche, el señor de Hennebeau tuvo una sospecha, porque había creído oír pasos de alguien que anduviera descalzo por las tupidas alfombras del hotel. ¡Pero semejante aventura era absurda para realizada allí mismo, en su casa, y entre aquella madre y aquel

hijo! Además, al otro día su mujer le habló de casar á su sobrino con Cecilia Gregoire, y con tan afanoso ardor tomó sobre sí la tarea de arreglar aquella boda, que el marido se indignó ante su monstruosa sospecha de la víspera. En cambio sentía gratitud hacia su sobrino, porque desde la llegada de éste la casa parecía menos triste.

Cuando el señor de Hennebeau salía del cuartotocador de su mujer, se encontró en el vestíbulo á Pablo, que acababa de llegar. Éste parecía estar muy divertido ante aquella idea de la huelga, que constituía para él una verdadera novedad.

—¿Qué hay?—le preguntó su tío.

—Pues nada; que he recorrido todos los barrios, y la gente parece muy tranquila y calmada. Pero creo que van á enviar una comisión para que hable contigo.

En aquel momento se oyó la voz de la señora de Hennebeau, que hablaba desde el piso principal.

—¿Eres tú, Pablo?... Sube á darme noticias. ¡Qué humor tiene esa gentuza de hacer tonterías, cuando es tan feliz!

Y el director tuvo que renunciar á saber nada más, puesto que su mujer le arrebató el mensaje-ro. Volvió á su despacho, y se encontró encima de la mesa otro montón de despachos telegráficos y de partes.

A las once, cuando llegaron los Gregoire, se admiraron de que Hipólito, el ayuda de cámara, que estaba de centinela en la puerta, les hiciese

entrar poco menos que á empujones, después de haber mirado recelosamente hacia la calle con aire misterioso. Las persianas del salón estaban corridas, y fueron introducidos desde luego en el despacho del señor Hennebeau, que les presentó sus excusas por recibirlos allí; pero el salón daba á la calle, y era inútil adoptar una actitud que pudiera parecer provocativa.

—¡Cómo! ¿No sabéis lo que pasa?—añadió, viendo su sorpresa.

El señor Gregoire se encogió de hombros con aire bondadoso, cuando supo que al fin se había declarado la huelga. ¡Bah! No ocurriría nada, porque los obreros eran buenas gentes. Su esposa abundaba en las mismas esperanzas, fundadas en la secular resignación de los carboneros; mientras Cecilia, que estaba muy alegre aquel día, y muy guapa en fuerza de parecer sana, se sonreía con agrado al oír hablar de huelga, en lo cual no había para ella más que la idea de visitar los barrios de los obreros dando limosnas y distribuyendo ropa. En aquel momento, la señora de Hennebeau, en traje de seda negra, apareció acompañada de su sobrino.

—¡Caramba, qué fastidio!—exclamó desde la puerta.—¡No podían haber esperado esos pícaros!... Porque habéis de saber que Pablo se niega á llevarnos á *Santo Tomás*.

—Pues nos estaremos aquí—respondió tranquilamente el señor Gregoire,—y tendremos el gusto de pasar el rato en vuestra compañía.

Pablo se había contentado con saludar á Cecilia y á su madre. Al ver aquella frialdad, su tía le animó con una mirada á que se dirigiese á la joven, y cuando los vió juntos y sonrientes, les dirigió otra mirada de ternura maternal.

Entre tanto, el señor Hennebeau acababa de leer los despachos, y redactaba nuevos telegramas. En torno de su mesa hablaban todos; su mujer decía que no se había ella ocupado de arreglar el despacho, que estaba feísimo, con todos aquellos muebles antiguos, de poco gusto y estropeados.

Así se pasaron tres cuartos de hora, y ya iban á dirigirse al comedor y sentarse á la mesa, cuando el ayuda de cámara anunció al señor Deneulin. Este, con ademán excitado, entró rápidamente, y saludó á la señora de Hennebeau.

—¡Hola! ¡Estáis aquí!—dijo al ver á la familia Gregoire.

Y sin más saludo ni más cumplimiento, se dirigió al señor Hennebeau:

—¿Conque ya pareció aquello?—dijo.—Lo he sabido por mi ingeniero... Mis obreros han bajado todos, como de costumbre, á trabajar. Pero, como comprenderéis, la cosa puede ir en aumento, y no estoy nada tranquilo... He querido saber noticias... Vamos á ver: ¿cómo andan por aquí las cosas?

Había llegado á caballo, y era tal su inquietud, que no podía disimularla.

El señor Hennebeau comenzaba á darle noticias

para ponerle al tanto de la situación, cuando Hipólito abrió la puerta del comedor.

—Almorzad con nosotros—le dijo entonces el director.—A los postres os contaré lo que pasa.

—Bueno; como gustéis—respondió Deneulín tan preocupado, que aceptó desde luego, sin cuidarse de formular los cumplimientos de costumbre.

Pero acordándose de su descortesía, se volvió á la señora de la casa, y le presentó sus excusas. La de Hennebeau estuvo muy amable, y después de hacer que pusieran otro cubierto, colocó á sus convidados en la mesa: la señora de Gregoire y Cecilia, á los lados de su marido; el señor Gregoire y Deneulín, á su derecha y á su izquierda respectivamente, y, por último, Pablo entre la joven y el padre de ésta. Cuando sacaron á la mesa el primer plato, dijo sonriendo:

—Tienen ustedes que dispensarme. Yo quería que hubiéramos tenido ostras... Los lunes suelen llegar de Ostende á Marchiennes, y pensaba mandar á la cocinera en coche... Pero la pobre ha tenido miedo de que la apedreen...

Todos se echaron á reir... La historia era graciosa...

—¡Chist!—dijo el señor Hennebeau, contrariado, mirando á las ventanas, desde las cuales se veía la carretera.—No hay necesidad de que sepa la gente que tenemos convidados hoy.

—Espero, sin embargo, que nos dejarán almorzar en paz—declaró el señor Gregoire.—Hé aquí

un salchichón riquísimo, que de seguro no comerán ellos.

Empezaron todos á reir otra vez, pero menos ruidosamente. Los convidados iban animándose al verse instalados en aquella habitación adornada con tapices flamencos y muebles magníficos de roble tallado. Soberbias piezas de plata lucían detrás de los limpios cristales de los aparadores, y la magnífica lámpara colgada del techo, que caía sobre la mesa, casi apoyándose en el riquísimo centro de cristal cuajado, daba un aspecto señorial al comedor, alhajado en conjunto y en detalle con un gusto exquisito. Aquel día de Diciembre era muy frío y nebuloso; pero de las rachas de viento Nordeste que combatían la fachada del hotel, ni una sola ráfaga penetraba en la habitación, donde hacía un calor agradable.

—¿No sería conveniente que corriéramos las cortinas?—dijo Negrel, á quien divertía la idea de asustar á los señores Gregoire.

La doncella, que estaba sirviendo la mesa con el ayuda de cámara, creyó que le daban una orden, y fué á correrlas inmediatamente. Entonces todos empezaron á bromear otra vez: nadie cogía ni un tenedor ni un cuchillo sin tomar todo género de precauciones; cada plato fué saludado como un objeto salvado milagrosamente de una ciudad saqueada por las turbas; mas, detrás de aquella fingida alegría, reinaba sordo miedo, traducido en miradas involuntarias á los balcones, como si fuera posible